



TRÍPTICO CON DIETILAMIDA

ORINAR TAMBIÉN QUISIERA

COMPRENDIMOS QUE EL TIEMPO,
O BIEN LO QUE CONSTITUYE SU REPRESENTACIÓN FÍSICA HABITUAL,
SE NOS HABÍA VENIDO ENCIMA DE REPENTE.

SALVADOR GARMENDIA

A LAS SOMBRAS NO LAS VENCE NADIE, digo mientras me arrastro entre todas estas calles al tiempo que recuerdo aquel acto abismal en el que recibí un certificado que para lo único que me legitima es para sentirme eternamente perseguido por la desidia y la sensación de estar a nado en el fulano limbo que ahora y que no existe. Una vocecita me apunta con sarcasmo que efectivamente no las vence nadie. Me detengo y volteo paranoico pero ninguna de las personas que pasan a mi alrededor tiene pinta de haber dicho eso. Así que sigo mi marcha y paso ante una foto en mi memoria, una foto en mi imaginación, en la que me distingo adolescente, sentado bajo el sol en la placita de la que solía ser mi casa, con pinta de haber dormido mucho y buscando la manera de poner en palabras un deseo que me aturde: el de acabar con la sensación de vivir en un tiempo que no avanza. No puedo decir nada de lo anterior, porque una agradable ignorancia no me permite decir nada de lo que pienso; sin embargo, algo en mi intimidad me convence de que una realidad verdadera está por llegar.

Retomo la caminata y otro destello me marea y paraliza: veo a Marcel, porfiado, enumerando frenéticamente los ítems de una lista; lo escucho confundir inteligencia con datos enciclopédicos y advierto en sus palabras la monotonía que le imprime a las eses; lo oigo preguntarme cómo cree él que iremos enfrentando las cosas en el futuro; imagino a Marcel, lo recuerdo, diciendo qué crees tú, Damián, ¿lo que viene ahora

es más fácil o más difícil?; qué crees tú, Damián, ¿en unos años vamos a estar más seguros de las cosas o menos seguros de las cosas?; tú qué crees, Damián, ¿con el tiempo se hace todo posible o se hace todo imposible? Algo como aquello discute Marcel en mi memoria e imaginarlo hace que abandone la confianza que le tengo a los temas en los que no he pensado: me refiero a las ideas que permanecen en el silencio (porque no puedo verbalizarlas) y que apenas al nombrarlas se me convierten en una incertidumbre. No se entiende. En todo caso, rescato con claridad la respuesta, que la da el mismo Marcel, porque nunca deja responder a nadie, y que es será más difícil, Damián; será más difícil, Damián; será más difícil por la sencilla razón de que lo único que nos han asegurado estos años es que nadie está exento de la equivocación.

Esquivo a la gente en La Candelaria, floto desconcertado por estas maravillosas calles, me pierdo entre la Sur 13 y la Andrés Bello, solo y manifiestamente arrebatado, mientras escucho la vocecita y volteo.

Habría que estirar un brazo, pienso, y asirse, al fin y al cabo esa mierda es lo que termina dándole sentido a las cosas, ¿no es así? Buscar un trabajo: distinguir y abrir un camino y darle por ahí. ¿Me escuchan?

Es domingo y la estoy esperando a la entrada del Ateneo: me dijo que llegaba a las dos pero ya son las tres y todavía no aparece. La llamo. Su respuesta es que todavía está en lo de la cremación, que el asunto se ha extendido y que si quiero la espere un rato más, que ella me llama. Cuelgo sumiso y camino en dirección al Teresa Carreño. Vuelvo a notar que estoy aterradoramente... Me siento al borde de la acera y hago como que pienso: lo más sensato hubiese sido decirle que no se preocupara, que se tomara su tiempo, que yo no tenía ningún problema en quedarme ahí y esperar. Pero no dije nada. Llamé y ella dijo sí y también dijo estoy esperando que incineren el cadáver, yo te llamo en dos horas, quédate por ahí, date una vuelta, como las gallinas. Eso último no lo dijo, lo de las gallinas, eso lo estoy inventando yo ahora mientras reconstruyo la conversación al tiempo que pienso que revisar el pasado más inmediato es una práctica que debería abandonar.

Finalmente me levanto con la certeza de que el gran problema de estas caminatas es que en el fondo uno guarda la esperanza de que algo suceda. No puedo recordar unas líneas que tienen que ver con lo que estoy pensando. Me rasco la cabeza. Entonces la vocecita me dice que es bonito despertarse sin hacerse ilusiones y sin esperar nada. Uno se siente libre y responsable. Una fuerza tremenda está en nosotros: la libertad. Se puede llegar a la inocencia, se está dispuesto a sufrir. Sonrío y lo repito en voz alta. Pero inmediatamente lo olvido, o no lo asumo, que en cierta forma es una manera de olvidarlo, y en mi cabeza sólo queda la convicción de que al día siguiente despertaré con la mente llena de cosas que no van a pasar jamás.

Así que en el Ateneo esperando por la llamada de esta tipa; todavía soy capaz de repetirme que una cremación puede durar un par de horas. Eso es un ratico, me digo, un momentico; eso es rápido, un pelo; eso es un pelo, un peluche; un plátano y llévatelo corto.

En el Teresa, en la Plaza de Los Museos y en todos los espacios contiguos tenían montada una orquesta. Alguien me dijo que se trataba de un Festival. En los espacios abiertos del teatro, enfrente de la librería y de la tienda, estaba acoplada una orquesta de muchos músicos. Una doña que escuchaba de pie con una escoba en las manos me dijo qué lindo domingo y yo respondí que no. Pero ella insistió y dijo qué cosa tan bella, uno está aquí trabajando y esa música es como una película. Luego, mientras caminaba en dirección a los museos, la orquesta tocó el tema de Superman y el de la Guerra de las Galaxias. Ahí fue cuando vi a Marcel: fotografiaba a unos músicos. Pensé en el infinito encadenamiento de circunstancias favorables que habían tenido que ocurrir para que ese encuentro se estuviera produciendo, aunque la verdad sea que en Caracas todo el mundo se encuentra con todo el mundo en todas partes y más si se trata de un domingo, de Bellas Artes y de dos marihuaneros que no hacen sino intensificar cada cosa que pasa, por mínima que sea, para que la rutina, sobre todo la post-universitaria, resulte un poco menos ladilla. Con todo, la fatalidad había calculado aquel encuentro y a mí no me quedaba sino acercarme a saludar a mi amigo, que ya no tomaba

fotos sino que revisaba la pantallita de su cámara. Mira, me dijo Marcel en forma de saludo, un autorretrato: achiqué los ojos y vi un trombón en el que se reflejaba su cara. Entonces fuimos al parque Los Caobos.

Mientras él fotografía a una mujer que hace masa para obleas y busca sin suerte la escultura de la cabeza gigante que está por ahí, yo le miento sin hablar, asintiendo a todo lo que dice. Y fumando. Diciendo ajá mientras Marcel habla ya no sé si del documental. El futuro está en las palabras, dice, el futuro está en la forma en la que nos arreglamos con las palabras. Fíjate: estoy con Fran en una de las mesas y llega Elisa con una morena que tiene unas tetotas y dice muchachos, ella es mi amiga de Maracaibo, se las presento. Normal. Pero entonces se sientan las dos con nosotros y Elisa comienza a hablar gritando y Fran empieza a ponerle la misma atención exagerada que le pone. Y yo volteo disimuladamente a ver a la maracucha y me doy cuenta de que en ningún momento la caraja abre la boca. Entonces me pregunto si es muda, si es sorda. Y aunque no digo nada, empiezo a darme cuenta de que me excita la idea de que no nos escuchemos, porque estaríamos prácticamente obligados a posponer las palabras. ¿Entiendes? Y empiezo a hacerle señas desde mi silla, mientras Elisa enloquece a un lado. Le insinúo con los dedos a la maracucha que nos levantemos y nos vayamos a mi casa. ¿Y qué sucede? Que la jeva se para, coge su bolso y comienza a salir del local. ¿Qué te parece? Se levantó, Damián, en sus dos patitas, y salió; y yo, por supuesto, después de hacerle un gesto de despedida a los muchachos, que ni siquiera me miraron, me fui corriendo detrás de la caraja. ¿No te parece in-creíble? Pues agarramos un taxi. Los dos en el asiento de atrás: ella todo el camino mirando por una ventana y yo todo el camino mirando por la otra. Extraordinario. La autopista chillando afuera y nosotros dos mudos. Llegamos en veinte minutos. Me acuerdo de que cuando cruzamos la puerta de la casa yo me puse un dedo en la boca para que no hiciera ruido y ella hizo un gesto que significaba que no iba a decir nada. Así que entramos a mi cuarto y nos desvestimos y comenzamos a pasarnos la lengua por la cara como si fuéramos una perra y un perro. Y yo empecé a lamerle los pezones, gruesos y gorditos. Y ahí fue que



pasó lo increíble: de un instante a otro empecé a sentir que me iba a una dimensión donde también le estaba lamiendo las tetas a la maracucha pero donde a mitad de todo el espeluche yo le decía desesperado qué pezones tan grandes tienes. Eso le decía: qué pezones tan grandes tienes, mi reina. ¿Y qué pasó? Que la maracucha se detuvo de golpe, en esta realidad, por supuesto, y frenó nuestro arrebató. Yo dije verga (porque lo primero que pensé fue que la había cagado). Pero no, ella me agarró la cabeza, me miró directamente a los ojos y me dijo son para amamantarte mejor. ¡Son para amamantarte mejor! ¿Entiendes? Qué pezones tan grandes tienes / Son para amamantarte mejor. ¿No te parece un milagro, Damián? Son las palabras, amigo, y el lugar que le damos es nuestro futuro. ¿Lo ves? Tiene acné en las nalgas pero yo la amo.

Sentados a la raíz de un árbol le dije a Marcel que quería comunicarle algo importante. Antes de que pudiera hablar, sin embargo, él me detuvo con eso de que tenía una idea grande para el documental e inmediatamente sacó un libro de su bolso. Sostuve el tomo sin abrirlo y miré en silencio la portada: una equis blanca sobre un fondo azul. Yo estoy leyendo a Oswaldo Trejo, le dije, y supongo que está jugando conmigo. ¿Quién?, me preguntó Marcel. Por un segundo el parque pareció envuelto en celofán.

Nos pusimos de pie y caminamos en dirección a la salida que da a Plaza Venezuela. Ese fue el momento en el que escuchamos a un hombre que iba en dirección contraria a nosotros decir que el secreto estaba en no abandonar el camino. ¿Realmente nos lo dijo a Marcel y a mí o se lo dijo a quien llevaba de la mano o lo dijo para sí mismo? Eso nunca lo sabremos. Lo que sí sé es que dimos la vuelta en algún punto y empezamos a devolvernó. Y ahí Marcel pronunció varias palabras, entre ellas cerveza. Su observación activó en mí unas inesperadas ganas de mear. Dale, respondí, y orinar también quisiera.

A la salida del parque se nos cruzaron dos mujeres: una teñida de rubio y otra muy blanca de cabello negro. Marcel se les acercó. Yo me había adelantado unos pocos metros, debido a la premura que comenzaba a palpar moderadamente entre mis piernas. Por eso, al

advertir que se conocían, en lugar de devolverme y alargar el saludo, fui a sentarme en la acera a esperarlo, pensando que de aquella forma ejercía un poco de presión y se apuraba. Sin embargo, no me dio tiempo ni siquiera de posar las nalgas sobre el asfalto, porque en seguida, cuando estaba así, como cagando en el aire, o en una poceta invisible, Marcel me pidió en una seña que lo siguiera. Entonces, con un mínimo temblor en las bolas, me devolví y les di la mano y un besito a las muchachas. Hola, mucho gusto, Damián. Hola. Hola, mucho gusto. Hola. Hola.

Cruzamos al antiguo Hilton hasta el estacionamiento. Nos montamos en un carro: ellas dos adelante y nosotros dos atrás. El acomodo me pareció anormal pero no se me ocurrió nada para decir que no fuera lo de los portugueses y por eso me quedé callado; además, los tres hablaban frenéticamente y sus voces ya comenzaban a producir un eco monstruoso.

Eso suena como una nave espacial, dijo la que manejaba. Tenía los ojos tozudamente redondos y el cabello pintado de amarillo. Se refería a la música. Atravesábamos la Cota mil y comenzaba a anochecer: la carretera estaba completamente vacía. Hacia un lado se extendía el Ávila. Hacia el otro, comenzando a escarcharse, se advertía entera Caracas.

La canción empezaba con el rasgueo de una guitarra: un ritmo encantador al que se le sumaban los acordes de un piano en un compás alegremente marcado por una acompasada línea de bajo. Nada espacial ni cósmico, a decir verdad, pero qué contraria iba yo a estar llevándole a esa catira. Un minuto después, la placidez de la melodía comenzaba a desvanecerse: entre un estruendoso caos sonoro y una continuación de ruidos bestiales, un redoblante deformaba la canción. El bajo adoptaba una consistencia más profunda y e impregnaba el tema de suspenso. La armonía era absorbida por una especie de aceleradas pulsaciones, tanto como la voz, que también alcanzaba otra cadencia. Era un tema de mil novecientos sesenta y siete. Marcel lo sabía, pero justo cuando iba a decirlo, una de las chicas, la que parecía china, la que llevaba falda y estaba en el asiento del copiloto, preguntó: ¿cómo coño suena una nave espacial?

Marcel interrumpió y dijo que la canción era, efectivamente, de

mil novecientos sesenta y siete. Luego agregó el título del disco en el que se encontraba (además de los nombres, sin apellidos, de los dos músicos que la escribieron). También señaló que el tema provenía de la unión de dos composiciones: una escrita por uno de los tipos y la otra por el otro. En ese momento la música volvió a la armonía del principio, aunque esta vez con otro ritmo en los tambores. Hasta que, de pronto, todos los sonidos se vaciaron en un estallido loco.

La idea inicial, dijo Marcel, fue componer a partir de los titulares de los periódicos. Suena como el mar, respondió la catira. En seguida volteó a mirarme entre la nube en la que se había convertido el interior del carro y señaló sonriendo hacia la ciudad. Volteé un segundo. Cuando volví la vista hacia la chica, noté que llevaba las piernas cruzadas sobre el asiento: es decir, tenía las manos en el volante y en mi alucinación manejaba sin usar los pies. Pensé en la fuerza que nos dominaba: un ímpetu que nada tenía que ver con ninguno de nosotros y al cual nos sometíamos enteramente sin saber muy bien por qué.

Para entonces, sentía una presión en la entrepierna que hacía que me doliera moverme: una sensación fría que me obligaba a estar inmóvil y de lado. Estar meándose bloquea los pensamientos y no hay pasatiempo que no resulte idiota e imposible: nuestra concentración está reunida en esa amenaza (todo el universo contrae sus fuerzas en la diligencia que nos late entre las piernas).

Ese acorde final fue tocado en tres pianos, dijo Marcel, ¿saben quién es la mujer que interrumpe ese último minuto de silencio? ¿A quién coño le importaba? Era verdad, oíamos en loop una voz femenina que, enfermizamente, y entre lo que se identificaban como unas risas, trataba de comunicar algo.

Lo que dice es una jerigonza, insistió mi buen amigo Marcel, obligado a romper cualquier indicio de mutismo. Entonces detalló lo que era una jerigonza, pero aquello resultó ser algo que nadie quiso entender, porque la muchacha que iba en el asiento del copiloto, que tenía los ojos casi cerrados, respondió al comentario de la catira y dijo que de pronto el mar era una nave espacial. Dijo eso: a lo mejor el mar es una nave espacial.

Y en ese momento su celular vibró y yo la vi atender apurada y la vi hacerle un gesto a la otra que, en una sacudida, bajó el volumen de la música.

Ese loop es infinito, señaló Marcel mirando por la ventana hacia el lado del Ávila. La que manejaba le pidió silencio moviendo las manos. Marcel bajó la voz pero no se calló y en un balbuceo dirigió el final de su comentario hacia mí. Una vez, dijo, leí que quien escucha por primera vez esta canción se convierte en otra persona cuando termina, o sea, que hay algo en estos cinco minutos que cambia la vida para siempre.

Atravesamos aquella larga curva que conecta la Cota mil con La Castellana. Sentí que me orinaba encima. Veía las calles y las luces rojas en las calles, los avisos brillantes y la noche abrumándonos. ¡Coñoelamadre!, gritó la japonesa mirando el celular.

Nos dejaron exactamente enfrente del hotel. Ya era de noche. Marcel me agitó de un brazo: quería hablarme de un “mal sueño” que lo tenía preocupado.

Entramos al Rajatabla. Estábamos sólo a metros del baño y Marcel seguía sin soltarme. En su voz florecía un acento urgente. En aquel “mal sueño”, Marcel corría escapando de un hombre por un estacionamiento oscuro y lleno de escombros. El estacionamiento desembocaba en una calle y la calle en un pasillo. El pasillo daba a un parque y un rincón del parque lo llevaba directo al estacionamiento otra vez. Todo se repetía invariablemente hasta que Marcel detenía su carrera y volteaba tratando de identificar a su verdugo. El tipo se cubría el rostro, pero en sus facciones Marcel se reconocía a sí mismo. Entonces mutaba de cazado a cazador y todo se repetía pero al revés. Al despertarse, la sensación, según sus propias palabras, era la de haber estado gritando sordamente. La única forma de acabar con todo eso es abordándolo, concluyó. ¿Acabar con qué?, le pregunté molesto, ¿abordar a quién? Y mientras Marcel pensaba las respuestas, comencé a alejarme en retroceso, como el pasito de Michael Jackson. Entré en el baño.

Cuando regresé, Marcel alzó las dos cervezas que estaban en la mesa y dijo que en la amistad nadie estaba solo. ¿Tú sabes

qué es lo mejor de todo, Damiancito? Y respondió: que anoche le pedí el carro a mi papá e hice ese mismo paseo por la Cota con la maracucha. Todavía me estaba estacionando en el mirador cuando se me lanzó encima y me desabrochó el pantalón con una destreza sorprendente. Acabé rápido porque ahí los guardias joden mucho. Cuando terminamos y ella se limpiaba maliciosamente la boca, me dijo me gusta ser tu mamaguevo. ¡Me gusta ser tu mamaguevo! Qué hermoso, Demian, ¿verdad que todas las palabras son preciosas?

Sentí vibrar mi celular: leí un mensaje que decía demoraron las cenizas. Alguien aplaudió a lo lejos y nos deseó salud. Era Sandy: tenía la cara llena de escarcha. Estaba acompañado por un grupo de desconocidos. Nos pusimos de pie y nos acercamos. Nadie notó nuestra llegada: escuchaban absortos el relato de un hombre robusto, de manos gruesas y bigote blanco, canas en los brazos y en las patillas, voz ronca pero clara.

LA MOVIDA GUERRILLERA

GRANDES BLOQUES DE TIEMPO CRUDO Y SIN USAR,
CUIDADOSAMENTE SELLADOS,
RODARON Y CONTINUARÍAN DESLIZÁNDOSE DE AHORA EN ADELANTE.

SALVADOR GARMENDIA

ENTRAMOS SALUDANDO COMO UNAS MISES pero nos detuvieron en el pasillo. Somos invitados de los novios, dijo Sandy. No es por eso, abran la boca grande, como en el odontólogo. En un segundo teníamos metido un gotero entre las amígdalas. Damián besó a Dana en la frente y me señaló la mano: el gesto significaba que iba a servirse un trago. Lo seguí hasta la cocina y seguí hablando: en ese tiempo Damián era el único capaz de detenerse a prestarme atención unos minutos. Lo vi poner hielo en los vasos. Me invitó a sentarnos en el piso.

¿Te acuerdas de Puma TV? Sí. ¿Te acuerdas de un programa que se llamaba Kronos? Sí. Damián no se acordaba, pero había aprendido a asentir para que yo no lo jodiera con explicaciones. Bueno, en ese programa su mamá contó que una vez se estaba bañando (él tenía cuatro años y también estaba en el baño, pero cagando calladito, con los chores abajo, las manos en el mentón y las piernas colgándole de la poceta) y de repente escucha que le habla. ¿Qué le dice? No sé. Sí sabes. No, no sé. Bueno, le dice mamá, ¿por qué yo existo? Damián se queda callado. ¿Qué te parece? Me parece extravagante. Pero es la verdad, lo contó la propia señora en Puma TV, ya me consiguieron el video.

Sandy nos había dicho que Dana quería anunciar públicamente que estaba embarazada. Damián y yo no sabíamos si habíamos entendido (porque también estaba lo de su papá). De lo que sí estábamos seguros era de que estábamos rodeados de desconocidos y de que aquello era

como el sueño de una fiesta: un apartamento vacío con todas las paredes desnudas, salvo una en la que guindaba una manta con la diosa elefante estampada en el medio; una mesa llena de botellas y vasos, maní, papas fritas; un espejo en una esquina, que por la poca luz que había parecía la puerta a otro ambiente y una computadora en el piso con dos cornéticas. Muchas de las cosas estaban en cajas, muchas de las cajas estaban abiertas. Era eso y todos preparados para sorprendernos abriendo burda la boca y los ojos cuando dieran la noticia del embarazo y la boda.

Escuchamos en un grito la voz de Sandy: estaba en el medio de la sala con una capa. Se acercó abrazándonos en una exagerada camaradería y el gesto desvió la conversación que yo estaba tratando de entablar con Damián. Lo importante es que nos amemos, dijo Sandy. Recuerdo haber notado cómo las paredes retrocedían —estiradas las cuatro aterradoramente por una liga fantasma— y volvían a su sitio en un segundo: todas las personas que ocupaban aquel cuarto se alejaron en una amenaza y todas regresaron de repente a su santo lugar. Son las primeras grietas que las gotas irán extraviando en nuestra memoria, supuse y dije, pero puede que nadie me haya escuchado.

Damián estaba mirando hacia la puerta de la casa, a través de la cual entraban y salían personas hablando en desesperación, cuando me le acerqué y le pedí con delicadeza que me dijera lo que estaba pensando. Habían puesto El Baquiné de Angelitos Negros y pasaban de una canción a otra sin dejar que ninguna empezara. Soy una enciclopedia, dijo Damián, porque confundo inteligencia con acumulación de datos. Eso ya lo pusiste en la parte anterior. Retrocedían y adelantaban las canciones hasta que alguien decidió ponerlo entero. En frenesí y claro que en un intento por comunicar mi estupidez, dije en voz alta que la música era un nervio palpitando en el aire. Entonces comenzaron a sonar los tambores del disco: la percusión llega desde muy lejos y se instala discretamente encima de ese primer clima espacial con el que empieza. Yo me planté frente a Damián otra vez, separé los dedos de mis manos, como un abanico roto, los moví sinuosamente y le pedí que me dijera lo que estaba pensando. Voy a

contar hasta tres y me dices. Conté. Pero el marico ese no me dijo nada.

Soy de naturaleza sorda e incapaz de poner atención a lo que no me incluye. Por eso finjo vigilancia y me hago el sereno. Respiro haciendo ruido por la nariz y le pido que me hable. Dale, dime lo que estás pensando.

Ella se había mudado a San Juan de Los Morros y yo me había quedado en gran medida solo. En ese tiempo el sexo todavía era el único camino que hallaba para vincularme con las mujeres. Lo hacía por timidez: nada más después de haber tirado me sentía en confianza; sólo así podía largarme a conocerlas y abrirme con ellas yo también. En el fondo necesitaba verlas desnudas y tocarlas para poder preguntarles su explicación del mundo. Esa, en aquel tiempo, era mi idea de la amistad. Me la presentó el mismo Fran. ¿Te acuerdas? Hola, chicos, mi hermana. Hola, qué linda. Hola. Todos nos leyeron el futuro: nos vieron tirando y después entregándonos a la relación enferma que finalmente levantamos.

¿Tú sabes por qué yo la quería, Marcel? No. Por los dientes y por los ganchitos en el pelo. Todo el año que no estuvo la recordé así. Hasta que me mandó un mail en el que me decía que nos veíamos en Calabozo (eso fue cuando yo me gané la Bienal). Tomé un bus sin haber dormido nada: horas de viaje con su cara metida en la cabeza diciéndome te tardaste demasiado, te tardaste demasiado. Hasta que llegué y la encontré de pie, al lado de su carro, con los ganchitos esos de mierda, y caminando muy serio me le paré enfrente para que se riera y me mostrara todas las muelas y me dijera, con ese tono magnífico que jamás llegará a ser un regaño, que me había tardado demasiado. También me besó.

Después rodamos muertos sobre una carretera oscura mientras ella me contaba sin reservas lo que había hecho durante todo el tiempo en el que no nos habíamos visto. Brujos, aborto, sueldo, paracaídas, alquiler, Chávez, Manuitt. Todas las cosas me las dijo y yo la escuché con los ojos siempre abiertos. Entonces una voz que no era la de ninguno de nosotros dos afirmó que la droga más brutal era la que producía el desvelo. Por eso nos paramos en una arepera a brindar en felicidad con sendos jugos de guayaba.

Fue un viaje confuso, a medio camino entre la alucinación lúcida

y el espejismo. Me fui al día siguiente y no supe más nada de ella hasta ayer cuando me escribió diciendo que había venido a arreglar lo del papá. Aunque debo reconocer que, después de que Sandy nos dijera adónde veníamos, el demoraron las cenizas se me resignificó.

La casa se había llenado de gente sin nombre; los metales repetían una terca melodía sostenida al fondo por una sinfonía en cuerdas. “Camino al barrio”, dijo un inteligente: un tres, una clave y un violín. ¿Quién grita? ¿Quién quiere fascinarnos con esos chillidos? “Son guajira del encuentro”, dijo otro inteligente. Alguien desde la música gruñe excitado y nadie le hace caso. A todos nos domina la misma fuerza, no obstante, sólo los verdaderamente entusiastas damos fe de lo que está pasando. Ahora Damián se resiste y no habla: se conforma con mirar fijamente el planeta en el que se ha convertido la sala. Abrí los ojos, porque los tenía cerrados, y dije salud. Abran la boca, dijo una mano. Pero grande, como en el odontólogo. Una gotica amarga me quemó el paladar.

La noche anterior había visto unos videos de Sentimiento Muerto. Estaban en Betamax y llenos de hongos. A mi juicio, con la memoria pasaba algo parecido: se llenaba de hongos. De hecho mi idea de la memoria se parecía mucho a la frágil imagen que reproducían los videos. ¿Me explico? En las cintas, el sonido se aceleraba o se estancaba: predominaban rayas y manchas y cada diez segundos la grabación se paralizaba y la pantalla se ponía azul. Esos silencios, los azules, para mí no tenían nombre, no tenían imagen ni tenían sonido. Esos silencios eran el olvido porque no estaban en ningún lado. Entonces el resto era la memoria. ¿Se entiende? Bueno: en uno de los videos aparecían Cayayo y Gustavo Corma entrevistándose entre sí. Los dos estaban de pie en el hall del Teatro Nacional: Cayayo sostenía un micrófono con el logo de RCTV y movía los ojos como dos pelotas que tenían prisa por salir de una caja de cristal (buscaba en el aire una señal que solamente existía en otra dimensión).

¿Tú has visto el video de “Culebrón”? No. ¿Quieres que te lo cuente? Me encantaría. Es la parodia a una telenovela: el que hace de galán le dice a la protagonista que tiene que irse a Churuguara, posiblemente por



alguna joda con Yatu, que es de allá. Por eso se me ocurrió esa gran idea.

Yo no me había dado cuenta, pero Damián había dejado de escucharme y se alejaba por un pasillo. Lo seguí. Pasamos al lado de Sandy, que se revolvía en una esquina, y al lado de Dana, que en un siseo intentaba en vano callarlos a todos. Entramos a la cocina, donde Damián se limitó a echar hielos en los vasos. Allí, el futuro esposo acariciaba un morrocoy con un gesto que me hizo recordar a una tortuguita que algún imprudente me había regalado cuando era pequeño. Le habíamos puesto Tortus: en las tardes, cuando me quedaba solo, me asomaba al fregadero, apartaba las ollas y los platos sucios y bloqueaba el desagüe; lo llenaba hasta el tope con agua caliente y convertía aquel espacio en un pequeño mar humeante. Entonces comenzaba a jugar a los clavados: dejaba caer a Tortus en el agua hirviendo y me quedaba embelesado mirándola retorcerse. La sacaba con un colador y la metía en una ollita con agua fría, donde la veía estirar al máximo sus pequeñas articulaciones, el cuello y las patitas. Luego repetía toda la operación y le ponía puntajes a los saltos. Me causaba mucha gracia ver a aquel animalito arquearse de esa forma. No recuerdo si Tortus se murió: ese pedazo es azul y sin sonido. Cuando iba a contarle mi recuerdo a Damián, el futuro esposo me acercó el animal a la cara. Yo lo tomé en mis manos y con la punta de los dedos le hice cariño en la nariz. Cuchi-cuchi-cuchi. Luego todos volvimos a la sala, donde la gente bailaba al son de un piano delirante.

Momento notable de la noche: Sandy trae de la mano a una mujer y nos la presenta con una reverencia. Ella tiene un cintillo con una cayena enganchada a un costado. Pupilas encendidas, pestañotas, cero tetas; dos piernas largas, fuertes, que supongo velozmente sobre mis hombros. Hola, Macarena Magagna. Hola, soy Damián. Hola. Hola, soy Marcel. Hola. En fin. Si el día de hoy le preguntaran a Damián por Macarena, él fingiría que no la conoce, luego simularía recordarla y después actuaría una expresión de desinterés. Pero lo triste y verdaderamente cierto es que, en el momento en el que nos la presentaron, yo le miré la cara a Damián y le vi la mirada en Mercurio y el cigarro prendido por el

lado del filtro. De hecho, no habría nada más que contar acerca de aquel momento si no fuera por aquella estoica intervención de su parte que tuvo forma de pregunta y que lo cambió todo de golpe. ¿Y te gusta la movida guerrillera? Eso fue lo que Damián le preguntó a la tal Macarena justo después de que la chica dijera su nombre. Vainas de loco. A mí me hizo arrugar la frente y a ella relajar levemente los músculos de la cara en una sonrisa en la que se adivinaba en simultáneo la duda y digamos que una brevísima satisfacción, como si aquella única intervención le hubiese bastado para darse cuenta de que Damián era, o en todo caso, el humor de Damián era, cuando menos estúpido. Nadie entendió el chiste, como es lógico, así que cada quién agarró para su esquina.

La celebración había tomado un rumbo difícil. Yo me achiqué en un rincón a mirar hacia la noche y a pensar en un hallazgo que había hecho más temprano: al final de la presentación de Dermis Tatú en San Francisco, hace ya tantos años, alguien del público grita (no sé por qué, pero me empeño en figurarme a ese personaje enfundado en una chaqueta de cuero, muy animado, aplaudiendo y al final del concierto pidiendo otra, otra, otra). En un arrebató, digamos que esa persona extiende los brazos y, con un marcado acento mejicano, suelta una sentencia a la que posiblemente en aquel momento nadie atendió, pero cuyas palabras quedaron claramente grabadas y navegando para siempre entre las aberturas de todas las redes y todos los laberintos por los que viaja la música: ¡Viva Bolívar, cabrones!

“Apartamento 21”. Presumo que el disco dio la vuelta. Para entonces ya el lugar es una cueva oscura. Dana está montada sobre la mesa y nos llama a todos a los gritos. Unos a otros tratamos de callarnos. Con una botella de ron en una mano y mandando a bajarle el volumen a “esa mierda”, Dana grita que está embarazada y que en tres meses se va a casar en Margarita (señala al novio) con “este marico que está aquí”.

La fiesta entera estalla en un mismo rugido animal. Todos

golpeamos salvajemente las paredes y terminamos haciendo un trencito con la música del décimo track. Un inteligente detiene la avanzada e interviene para apuntar que se trata de la primera parte de la "8th Avenue". Inmediatamente después pulsa play y la fiesta continúa. El alboroto se parece mucho al momento en el que durante una misa el padre decide que los presentes han de darse la paz, sólo que esta vez sucede entre gente más estimulada y digamos que menos nerviosa.

Todos nos estábamos abrazando entre sí cuando lo vi: estaba fumando en el balcón con Sandy y con Damián. Chocamos nuestros vasos. Ayudado por la última gota, intenté enumerar los años que llevaba intentando vanamente romper con su pasado, probando olvidar cada detalle desde aquel lugar común que es irse: su historia se abreviaba en unos pocos saltos sobre la esfera del mundo (ciertos sucesos lo habían arrojado como un paquete que alguien manda por correo y entre un brinco y otro se había convertido poco a poco en un complaciente viejo sesentón).

Se tocó las canas y comenzó a contar lo que él mismo llamó una historia macabra. Nadie sabrá nunca por qué se acordó, pero a mí me gusta suponer que desde joven en la cabeza de aquel viejo crece lenta pero decididamente una misma ofuscación: todos sabemos que sus muecas y todos los oscuros complejos que padece están sometidos a esa sombra que, dicen, llevan fijada aquellos que han sufrido lo que le tocó. ¿Cuántas veces habrás tenido que contener, viejo querido, con impuesta disciplina, los impulsos salvajes del resentimiento? Lo intenté, pero no pude escuchar su respuesta. ¿Por qué es sorda mi naturaleza? ¿Por qué no dejo hablar a nadie?

Los tambores del disco se habían puesto orgiásticos y las trompetas tocaban una marcha de fiesta en la calle. Alguien dijo que eran hermosos los treinta y tres minutos que duraba El Baquiné de Angelitos Negros, sobre todo cuando se repetían incansablemente durante toda la noche. Me mareé y di un paso hacia atrás. Todos en el balcón voltearon a

verme. “Alma perpetua”, dije para disimular. No contestaron. Eso de ir de un sueño a otro, despertar de un sueño y estar en otro para despertar de ese también. El más allá, la conciencia, el retorno: cada palabra está relacionada a una materia espiritual y poderosa. Estoy seguro de que Cayayo la compuso cuando estaba en el viaje Krishna. Hay una máxima elemental en la letra de esa canción: “Su condición es pasajera”.

Sandy se sopló la pollina y levantó su trago (el dedo meñique le salía por un lado del vaso). He estado haciendo ejercicios para fortalecer mi rostro. Su voz era un sonidito metálico. Tres veces al día: por las mañanas, por las tardes y por las noches. Primero levanto las cejas: arriba, abajo. Quince veces. Después hago el cara de brava. Fuerte. Y cuento. Uno: cara de brava. Dos: cara de brava. Tres: cara de brava. Luego arrugo la nariz. Siempre fuerte. Entonces comienzo a repetir las vocales. Exagerando todo el tiempo. A. E. I. O. U. Al final digo equis, equis, equis. Es importantísimo que siempre sea exagerando. Ahí llega el momento de sonreír con la boca abierta y sonreír con la boca cerrada. Todos los ejercicios quince veces. Es bueno para las arrugas. También pueden tirar besitos. Eso fortalece mucho. Quince besitos duro. Al final contraigo la barbilla y tenso el cuello. El último ejercicio es cerrar los ojos duro. Quince veces. Durísimo. Cerrar los ojos con fuerza hasta quedarse dormido.

Damián miraba el cielo, el viejo miraba la calle, Sandy se alargaba endemoniado en su cháchara, saltando de un tema a otro y volviendo al anterior sin avisar. Una libra de cadera no es cadera, decía, dos libras de cadera no es cadera, tres libras de cadera no es cadera; tú las tienes todas, por eso te ves buena. Está claro, Damiancito. Esa letra descarta a las mujeres que tienen el culo chato, o que no tienen, como las gochas. Díganme si no. Además, en el coro se hace una fugaz pero contundente alusión a una botella de Coca-Cola y se le compara nada más y nada menos que con el cuerpo de una mujer. Imperio y dogmatismo, amiguito.

Nadie decía nada. Damián achicaba los ojos y el viejo lo miraba con una sonrisa en la que se podía advertir la mezcla del alcohol y las gotas, pero también un temblor suave de lágrima.

Amanecía y la casa empezaba a vaciarse. En ese momento vi a

Sandy levantarse en un salto y llegarse hasta el centro de la sala. Vi que alzaba una mano en una vulgar señal de despedida. Parecía decir labios, amor, besos, ángeles. Los restos somos nosotros, me dije, y los tragos por la mitad, las colillas de cigarro, un pedazo de limón estrujado. Dana besaba tierna a su futuro esposo en una esquina. ¿En serio iban a casarse? Damián miraba callado las primeras luces en el cielo, dándole la espalda a la escena. Señaló con los labios el horizonte.

Quedaban algunos fantasmas felices brillando en los rincones. Nos sorprendió, como una gacela, el vestigio del vuelo de un pájaro en el cielo. Las últimas estrellas silbaron y se extinguieron. ¿Quieres que te cuente mi gran idea?, le pregunté a Damián. Desde el balcón vimos un carro despuntando en la autopista. Sí, me respondió. Quiero ir a Churuguara a entrevistar a Yatu. Extraordinario, me dijo. Se le notaba triste, pero no lo tomé en cuenta. Pasamos por la casa, le dije, buscamos los equipos, echamos gasolina y nos vamos.

DEJAR LA PELUCA

DE UNA FORMA U OTRA
LLEGARÍA EL DÍA SIGUIENTE.

SALVADOR GARMENDIA

ARRANCAMOS A MITAD DE MAÑANA, la carretera estaba vacía. Marcel puso el disco y sacó de la guantera un pequeño libro. Lo hojeó sin dejar de manejar, mirando de cuando en cuando el camino. Se detuvo en una página y le dio con el dorso de la mano al papel varias veces. Tomé el ejemplar y leí un poema que se titulaba "Despistado", cuyo último verso hacía mención a cierto "lugar ocioso." Es Caracas, dijo Marcel. Luego habló de Mercedes Yépez, la autora, y se desvió para detenerse en una gasolinera que está antes de tomar definitivamente la autopista.

Cargamos el tanque y en la tienda compramos cervezas y ron. Cuando regresamos al carro nos dimos cuenta de que no teníamos cigarrillos. Marcel se devolvió a buscarlos. Esperé dentro, con los vidrios arriba. El sol picaba y comenzaba a sentir el aire caliente. Habíamos puesto las bolsas en la parte de atrás, sobre el asiento, junto a la cámara y junto a unas hojas escritas a mano que Marcel tenía tiradas. Distinguí un fragmento encerrado en un rectángulo con resaltador.

"En Kurt Cobain encarna el llamado rock alternativo y todo el movimiento que durante los noventa intentó imponerse ante la cultura oficial. En las circunstancias de su muerte y en su actitud ante la fama y el mercado está resumido el espíritu de la época y el sentimiento de la llamada Generación X. Su figura representa al líder ideal del cambio más dramático en la escena mundial del rock; además de la ruptura con

el glam y con el dance que para entonces ya comenzaban a bailar sobre sus restos. Lo que aquí nos ocupa, no obstante, es el hecho de que Kurt Cobain nació apenas un año antes que Cayayo; dato insignificante, pero situado sensatamente en contexto, y tomando en cuenta todo lo que significa el paso de un siglo a otro (que no sólo le es común a ambos, sino en el que también se comprende “el desánimo fértil de nacer entre dos épocas”), nos hallaríamos ante retratos afines, sobre todo y sencillamente por la forma de expresar lo que sentían: el primero desde la cresta de la ola, con final inoportuno y trágico; y el otro con un desenlace no menos fatal, pero desde el desencanto y la desilusión (aunque siempre habrá quien cambie estas dos últimas sentencias por la palabra fracaso).”

Marcel volvió con los cigarros y los tiró sobre el tablero. Nos persignamos y retomamos el camino.

Nos conocimos en la universidad cuando teníamos poco más de veinte años. En aquel entonces llevábamos impregnada la emoción y la inquietud que para el momento del viaje todavía nos empeñábamos en demorar. Hemos sido exitosos en nuestras relaciones (éxito se traduce en cantidad). Por suerte, ninguna mujer nos ha atraído al mismo tiempo. Nos divierte atravesar la autopista en el carro de Marcel, aunque cada vez lo hacemos con menos alegría. Nos une de igual forma el ridículo rechazo a los compromisos. Como es lógico, tenemos nuestras relaciones afectivas favoritas: se trata mayormente de aquellas que no responden con afán a lo que queremos Típico: atender a la indiferencia con más solicitud que al afecto. En una palabra, somos una suerte de estandarte de la inmadurez. Aparte, sabemos cuáles son nuestros puntos débiles. Todo junto hace que nos conozcamos lo suficiente como para hacernos daño; sin mucho esfuerzo, somos capaces de adivinar el momento preciso para jodernos: si uno de los dos asume cierta dinámica maliciosa respecto del otro, será porque este último se ha expuesto a un estado de vulnerabilidad que el primero no va a dejar de aprovechar. Por último, habría que resaltar que cuando coincidimos en la alegría la relación se torna inolvidable, pero cuando alguno subraya el veneno y la inquina, nos odiamos brevemente.

En ese viaje era yo quien estaba más incisivo y durante buena parte del camino me dio por sacarle la piedra a Marcel. ¿Tú sabes quién es Fernando Samalea?, me preguntó, Sí, le contesté. ¿Quién es? Si no es un roquerito sifrino de los que tú admiras, es un argentino, o las dos. Es un argentino, pero la pregunta es si sabes quién es. No sé. Fernando Samalea es un músico amigo que me contó que conoció a Cayayo cuando vino a Venezuela a tocar con Charly. Ahora cita los años y di que Cayayo es el punto-de-inflexión del rock en Venezuela.

Los árboles marcaban una imagen monótona. Escuchaba relajada y lejana la voz de Marcel sobre la carretera. Samalea me contó que estaba trabajando en el estudio cuando se enteró de que Cayayo se había muerto, la noticia la había traído alguien de la calle. ¿Sabes qué más me contó? No. Que esa noche la sesión estuvo cargada de una vibra extraña, como si el mismo Cayayo hubiese estado ahí trabajando con ellos desde un rincón apartado en la sala. También dijo que recibió una carta tres días después de la terrible noticia. Era una carta de Cayayo. Samalea la leyó como quien lee las novedades del más allá. Me dijo que era un mensaje bellissimo y que todavía la conserva. Tenía los ojos aguados.

Me quedé dormido y soñé con una canción de Seguridad Nacional que se llama "Quién puede saber". En el sueño se llamaba "Serpiente". Fue una fantasía a oscuras, sin imágenes ni clima. Desde muy lejos escuchaba acercarse la voz de Yatu, como si alguien le fuese subiendo lentamente el volumen. Marcel me despertó con un manotazo y me pidió que le pasara una cerveza.

Lo primero que noté al abrir los ojos fue que no había música en el carro, apenas se atendía la estridencia de los otros automóviles en la autopista. Marcel abrió una lata, se echó un trago y después de aplaudir con fuerza, me pidió atención. Había puesto un CD. Según lo que dijo, íbamos a escuchar la voz de Stella Ortiz: aquella era la

grabación de un foro que se había realizado hacía años en Caracas.

“Hay un video del 93 en el que Dermis Tatú es telonero de Seguridad Nacional en el Teatro Cadafe de El Marqués. Ese es el primer concierto del grupo. Se trata, si no me equivoco, del recién promovido Festival de Nuevas Bandas. En ese video se reconoce a un Cayayo muy joven, con el cabello tapándole el rostro hasta un poco más abajo de los cachetes. El peinado recuerda a la Ruddy Rodríguez de Niña Bonita. Si se fijan, de un momento a otro de la presentación, los músicos de Seguridad Nacional comienzan a lanzar flores al público, lo cual hace que en el lugar se genere una especie de caos armónico. No son ni las flores ni la aparición de los músicos, sin embargo, lo que lo produce, sino la repentina presencia de Cayayo...

“En algún momento de los años ochenta Cayayo visitó un templo en La Azulita donde se inició, como otros músicos de la época, en la cultura Krishna. Allí se afianzó su amistad con Yatu y allí conoció, entre otros, al Maestro Avadhuta Maharaj. Queremos presentar a nuestro hermano espiritual, dice Yatu en el video refiriéndose a Cayayo. Luego lo llama por su nombre en la religión: Rama Charan Das. Hari Bol, grita Cangrejo desde la batería. Todos en la tarima están adornados con collares de flores. La ocurrencia convierte el momento en un instante inolvidable...

“Este minuto es especial, ya que vivíamos, por aquel entonces, una de las cumbres en la movida escena política local. Me refiero a que hacía muy poco habían sucedido los estallidos más feroces que hasta ese momento registraba la historia contemporánea del país. Hablo específicamente del Caracazo y de las dos intentonas de Golpe de Estado; todo inscrito en un contexto en el que sometía la represión policial, los disturbios estudiantiles y los toques de queda; sin mencionar la tradición en la que se había convertido la eterna falta de empeño en cuanto a las políticas culturales, la mil veces mentada ausencia de espacios y la poca seriedad con que nos hemos acostumbrado a tomar la cultura del rock...

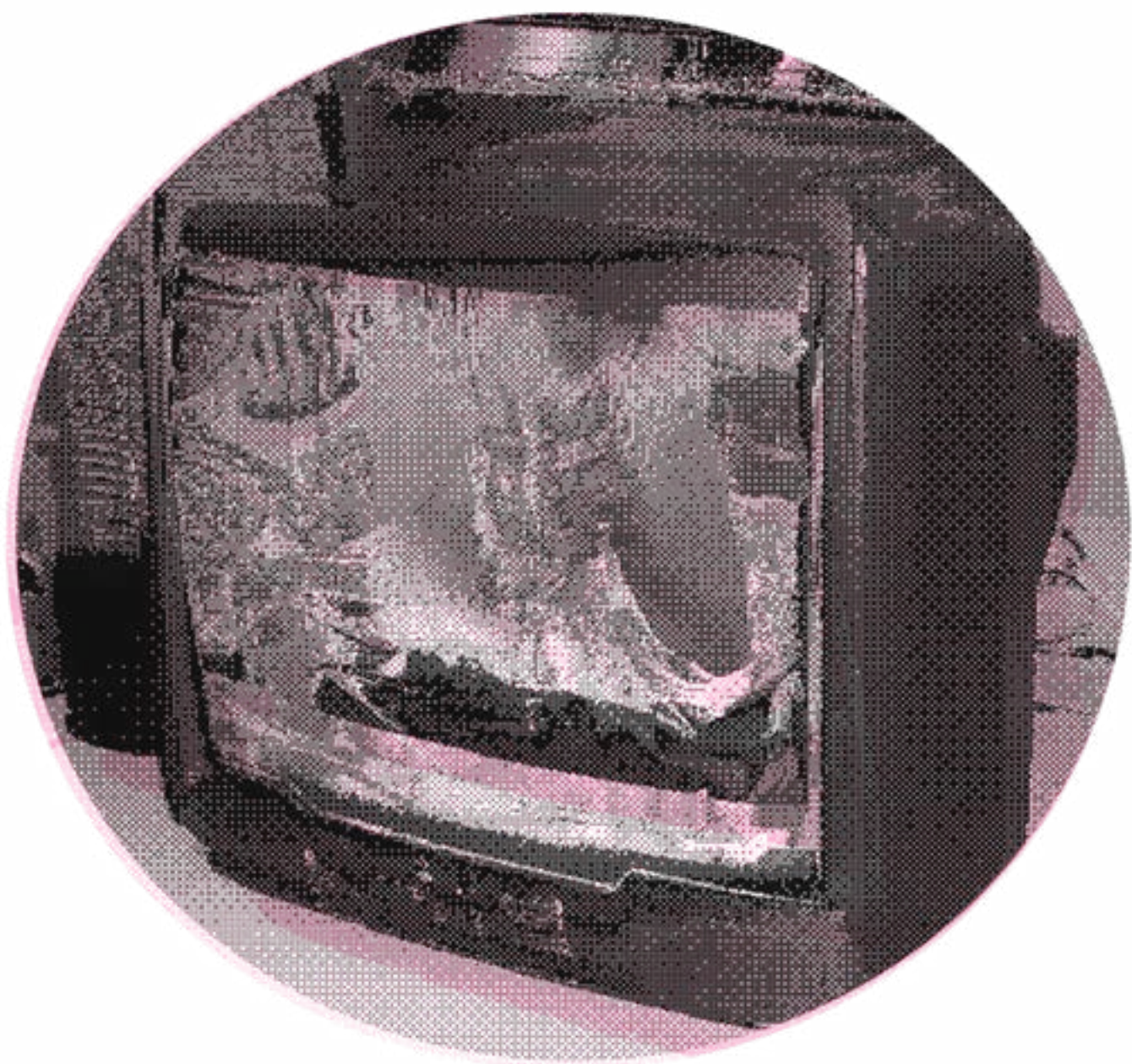
“¿Qué estoy queriendo decir? ¿Que Cayayo es un engendro de todo lo anterior? A mi juicio, no sólo Cayayo, sino todos aquellos que hemos nacido exactamente antes del año 1989..”.

Lo que vino después fue una larga explicación por parte de Marcel que comprendía la teoría en la que basaba su documental y que tocaba de frente una retahíla de asuntos políticos: nombraba instituciones y apuntaba cifras. En cualquier caso, lo único claro que tenía en relación a un posible guion para su trabajo, era que si por casualidad en el relato un personaje llevaba a cabo algún desplazamiento, el motivo por el cual lo hacía debía ser diáfano, no importaba lo tonto que fuera.

En resumen, Marcel quería hacer un semblante sencillo; quería concentrarse sobre todo en el período de Dermis Tatú y no paraba de decir que, como lo hicieron con Luca en Argentina, también Cayayo debía abrir los ojos y ponerse de pie. Aquello de entrevistar a Yatu en Churuguara nunca me convenció, por eso antes de salir, cuando fuimos a recoger los equipos a su casa, le pedí a Marcel que buscáramos una excusa más burda e insignificante. Nos metimos en Internet y dimos con la entrada en Wikipedia que nos hacía falta: “Churuguara es una ciudad del estado Falcón que está situada en la Cordillera de La Sierra de Agua Negra. Es una ciudad de imagen pintoresca, donde se conjugan el verdor de sus campos y la benignidad de su clima. Se dice que en Churuguara las cosas que se piden en voz alta se vuelven realidad.”

El pretexto era el más tonto y quizá por eso el indicado: entrevistar a Yatu en Churuguara estaba bien, sin embargo, lo mejor era que podíamos ir a comprobar si realmente se cumplía aquel último augurio.

Marcel se desvió y detuvo el carro bruscamente a un lado de la carretera. Apagó el motor pero no se bajó. Del lado izquierdo seguían cruzando de cuando en cuando otros vehículos. Su rostro se leía impaciente: tenía las manos sobre el volante y la vista fija en un punto lejano en la carretera. Pareció comenzar a disfrutar de la ilusión del vapor en el horizonte. Poco a poco empezó a girar la cabeza. Pensé en



Linda Blair. Entonces comenzó a hablar con una sobriedad escandalosa.

¡Date cuenta, dijo, la asfixia está en todo el trabajo: en las letras, por supuesto, pero también en la manera en la que toca la guitarra y en cómo fue transformando su voz. ¿Cuál es la canción más conocida de Dermis Tatú? "Terrenal". ¿Cómo empieza esa canción? "He decidido escapar de esta ladilla de ciudad". ¿Qué es ladilla? Aburrimiento, cansancio, desidia. Exacto, y "esta ladilla de ciudad" es esta ladilla de Caracas; además, esa misma canción dice "Espero el día en ansiedad y en ella la felicidad se me ha escapado". ¿Qué quiere decir eso?

La cara se le invertía y se le iban marcando poco a poco las venas en el cuello, se secaba de la frente el sudor con las manos, abría y cerraba la boca. ¡Date cuenta: la apatía insiste; en todas las canciones hay tedio y claustrofobia; en todas hay amargura, disgusto, inquietud, desazón. En "H", alguien flota en el limbo, aterrorizado; en "El hoyo", alguien vive buscando algún suelo en que pueda cavar, las lombrices retuercen su estómago vacío, lo muerden por dentro llenándolo de ideas viscerales; en "Sordera", la sensación de agonía es la misma que algún día morirá en nuestra piedad (eso no sé qué significa pero suena aterrador); en "Despistado", un tipo gira dando vueltas sin parar; en "Cría Cuervos", se asegura que el fracaso en esta vida es algo hereditario; en "Error por cometer", el dolor se esconde bajo las sombras, se insiste en desistir de una vez, se insiste en el rostro cobarde del fracaso; "Animalito en corral": ¿no te dice nada ese título?

Quise decirle a Marcel que muchas de las letras de las que hablaba no fueron escritas solamente por Cayayo, pero él no se detuvo. ¿Escuchaste "Artificial"? No. Está entre las maquetas que grabaron para el que iba a ser el segundo disco.

Una melodía hipnótica con el bajo en primer plano y un groove fascinante. Al fondo se escucha un soplo de viento de mar. Hay tres colores en la voz: el primero en las estrofas es "normal"; el segundo cuando repite el corito es nasal; y el tercero es un aullido de bruja. No hay gritos: se modula un rap lento, sin enojo, pausado pero hacia adelante. Algo así como una canción para caminar y al mismo tiempo

para quedarse pegado. Digamos que el título es un aviso: la poesía como artificio. ¿Pero de qué trata? Pues quien ha probado los opiáceos sabe que el efecto más inmediato es esa suerte de adormecimiento y de cancelación de la actividad física, sabe que disminuyen la respiración y la presión arterial y que algunos provocan náuseas y vómitos. Esto está sugerido en los conductos llenos, en aquello de sentir a las cosas de goma, en el interior vuelto pegoste, pero especialmente en lo de no sobrepasarse. ¿Si realmente es grandioso respirar en ese estado, entonces “un respiro infla felicidad”? Tampoco puedo dejar de pensar en esa lengua que coge forma en un molde como la representación de una aguja entre las venas. Otras veces me viene a la cabeza una escena: sentados a una mesa o sobre una cama un hombre se jurunga las venas y una mujer se revienta la nariz. Me lo sugiere la segunda persona, la referencia a los senos y la palabra muñeca; además, ¿qué es eso de “ven hasta aquí, inhala más”? También he pensado en la posibilidad de una relación que provoque sensaciones parecidas; pero si, como suele decirse, el amor anima y levanta, quizás este sea justamente un amor que adormece. Porque si hago una lectura literal pienso en una muñeca inflable: “tu amor, más que platónico, es polietileno”. ¿Te das cuenta? A eso habría que sumarle aquello de los besos de goma. “Sólo con aire te incorporo a la fiesta, no es necesario que te infle un poco el ego, pero sí los senos para que estés”, justamente, “más muñeca”. ¿Lo ves ahora? Es tremenda. Canción sencilla, Damiancito, ideal para hundirse; una serena ondulación que alivia y anestesia. Me atrevería a calificarla de momento epifánico y testamento. ¿Tú sabes cómo va a empezar mi documental? No. Sencillo: la pantalla va a estar en negro y en letras blancas se va a distinguir “Moriré en paz, deseando ver las cosas cambiar de lugar. De algún lugar a otro lugar.”

Ya era de noche cuando entramos a Churuguara. El calor había aumentado; no obstante, una repentina brisa fresca lo convirtió todo en un lugar placentero. Un guardia nos cobró el peaje en la alcabala, los dos sonreímos e hicimos el mismo gesto con la cabeza. La casualidad nos causó gracia. Rodamos en línea recta mientras por los espejos la alcabala se iba

haciendo diminuta. A los lados sólo se distinguían algunas pocas luces a lo lejos. Durante el trayecto no reconocimos ninguna señal de vida. En algún momento, Marcel comenzó a disminuir la velocidad hasta que de repente detuvo el carro. Apagó el motor y la canción que estaba sonando se cortó de golpe. Oímos a lo lejos el sonido de los grillos. Marcel habló. ¿Quién va a ser el primero que va a pedir un deseo? Yo. Dale. Quiero que suene "Veneno", la versión de Zapato 3. Marcel giró el suiche y puso la canción que yo había deseado. La escuchamos entera sin hablar. Cuando terminó, Marcel sugirió que pidiéramos algo difícil a ver si se cumplía. Que se nos joda el carro, dije. No, pidamos algo bueno. Bueno, que llueva. Dale, que llueva. Y parecerá mentira pero, apenas lo dijimos, el cielo comenzó a nublarse, a lo lejos chisporrotearon unos relámpagos, tronó fuerte y cayeron varias gotas sobre el parabrisas. El agua se multiplicó precipitadamente y en unos segundos se había desatado senda lluvia.

Nos miramos dudosos e intentamos disimular los nervios sonriendo. Busqué la botella de ron en la parte de atrás, la abrí y brindé por ese gesto celestial. Marcel se echó un trago largo. Tuvimos que subir los vidrios con prisa porque el agua comenzó a mojarnos. El parabrisas se empañó y la visión hacia adelante se volvió nula. Marcel intentó encender el motor con el propósito de salirse de la vía, pero la máquina no respondió. Intentamos poner música y nos dimos cuenta de que se había cortado la electricidad en todo el carro. Extrañados, bebimos y fumamos un rato sin decir nada, atravesados todavía en el medio del camino, con esa furiosa lluvia afuera.

¿Tienes miedo? Nunca. Te voy a contar la única vez que vi a Cayayo. Dale. Yo estaba en el aeropuerto de Maiquetía, con mi mamá, creo que estábamos esperando a mi hermano, que llegaba de viaje, o nos íbamos nosotros, no lo recuerdo; lo que sé es que estábamos sentados a una mesa en una cafetería cuando vi aparecer a un montón de jóvenes peludos y tatuados. Entre ellos estaba Cayayo. Entraron a la cafetería y se sentaron, pero extrañamente no pidieron nada: se quedaron allí conversando. En el grupo había una sola mujer que permanecía callada y muy cercana a él. En algún momento los dos se separaron del resto y

salieron de la cafetería. Se detuvieron a unos metros de donde estábamos. Los vi conversar y los vi despedirse. Eran idénticos: la misma altura, el mismo porte. Se despidieron con un largo e inmortal beso en la boca.

Nos bebimos el ron pasándonos la botella de una mano a la otra hasta que nos dormimos. Desperté con los primeros rayos de luz y me di cuenta en seguida de que estaba solo en el carro. La lluvia había cedido y el aire estaba fresco. Me extrañó mucho no haber sentido ruidos durante la noche. Me incorporé lentamente y vi a Marcel fumando al otro lado de la carretera. Cuando salí del carro, noté que el piso estaba mojado y que en el suelo había una mancha que parecía un hueco hacia el abismo; aunque pudo haber sido aceite o gasolina o agua. Nos saludamos moviendo la quijada. Yo me puse a lanzar pequeñas piedras a un poste mientras Marcel fumaba y hablaba en voz baja. Sin dejar de lanzar las piedritas, me acerqué a escuchar disimuladamente.

Yo tengo los demos que Dermis Tatú grabó junto a Cangrejo. ¿Sabes qué? Marcel se preguntaba y se respondía a sí mismo. Ese material dejó de ser un documento para convertirse en una evidencia. ¿Te parece que es lo mismo? La verdad es que no lo sé. Lo que sí voy a decirte es que son el punto más alto que ha alcanzado lo que nos hemos empeñado y forzado a llamar rock nacional.

Acerté una piedra y brinqué en un grito de celebración. Es posible que mi alarido haya aturcido a Marcel y por eso haya comenzado a hablar más fuerte: cada palabra parecía brindarle seguridad; si bien hablaba solo, lo hacía como si estuviese ante una multitud.

¿No les parece que hay un cambio notable en algún momento? Fíjense: desde un punto hacia adelante, su manera de tocar la guitarra pasa de un estilo blando a un modo más feroz. El momento es el mismo en el que se deslustra de aquel semblante tímido. No debemos olvidar que Cayayo fue sobre todo una figura sombría: cuando pensamos en sus primeros años, lo recordamos con el cabello sobre la cara; cuando lo vemos en las entrevistas, lo ubicamos fuera de las luces. Me atrevería a decir que en Sin sombra no hay luz las frases en la guitarra ya

buscaban cierta dulzura y que en Infecto de afecto asoma un Cayayo aproximándose a las voces y a una manera propia de tocar la guitarra. Sin embargo, todo se consuma después en un sonido más personal. ¿Dónde? ¿Cuándo? En las grabaciones de Dermis Tatú. Desde entonces se percibe una manera distinta de afinarse en el instrumento: haciéndole daño y al mismo tiempo registrando un sonido transparente; algo de metal y furia, aunque también de eco claro, por momentos perfecto, sin abusar de los efectos, limpio y sin abandonar la fuerza. Esta manera de cantar y de tocar consigue su punto más alto en La violó, la mató, la picó.

En ese momento me animé a participar en la enloquecida arenga de Marcel y lo reté a que le dijera eso último a Yatu. Si él estuviera aquí no serías capaz de decírselo. Marcel me miró con aborrecimiento. Si Yatu estuviese aquí, dijo, es más, deseo que Yatu aparezca.

Un silbido de western detonó en el viento; en lugar de la conocida bola de pelos, divisamos el paso de una figura que venía desde el lado infinito de la carretera. Los dos nos miramos inseguros. Era un hombre: llevaba sombrero y lentes oscuros y una guitarra a la espalda. Fumaba. Tenía unos vulgares zapatos de goma. La escena parecía un comercial de Marlboro o alguien jodiendo a que era un vaquero.

Lo primero que notamos fue la figura de un caballo en la hebilla de su correa, después distinguimos su sonrisa y finalmente sus cejas que sobresalían despeinadas por encima de los lentes. El hombre se detuvo y nos miró con detenimiento. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia: era totalmente calvo. Escupió el cigarro y habló como si estuviese a punto de quedarse dormido. Mi nombre es Juan Bautista López. Tosió. Mucho gusto. Su voz ronca nos hizo aclararnos la garganta. Sacó la guitarra y la afinó: era roja y tenía la imagen de un Ohm en el borde que brillaba cuando le daba la luz. Sin más presentaciones, se puso a cantar una canción y nosotros, inmóviles, a escucharlo.

¿Entrevistarme? Mira, lo único que te puedo decir es que Dermis Tatú tocó en Caracas, Buenos Aires, Miami, Nueva York, San Francisco, San Martín de Los Andes, Coro, Puerto Ordaz, Caricua, el Teatro Nacional y La Perla Tropical, o el Alba Tropical, no me acuerdo, en Sabana Grande.

Eso es todo lo que hay que saber. Si quieren saber otra cosa, escuchen con atención el concierto de Komotion. O consigan el video: al final de ese toque el camarógrafo deja de enfocar el escenario y muestra el público. ¿Saben qué se ve? Nada. Las mesas están libres: el local está vacío. La barra está ocupada por el que la atiende y por un grupito aplaudiendo desde unas sillas. ¿Qué más quieren que les diga? Una banda elemental del rock venezolano agoniza en Los Ángeles y su separación es inminente. Si quieren exagerar, pueden apuntar un último exotismo: Cayayo se murió en el 99, año cumbre en la historia venezolana, y su muerte marca junto a ese tiempo el fin de una República y el principio de otra...

Los tres estábamos sentados en el piso: formábamos los vértices de un triángulo. Alguien habló de los graffitis en Caracas. Nombramos a Gustavo Atilano y a Cero a la izquierda. Yatu tocó un blues dedicado a Churuguara y nos contó la historia de "Uñas asesinas".

Una luz de resolana lo había invadido todo cuando nos pusimos de pie y nos despedimos. Antes de irse, Yatu sacó del sombrero una de las tantas fotos que Iván Gabaldón le tomó a Cayayo y nos la regaló. Después hizo una nueva reverencia y nos pidió que no nos preocupáramos, que estábamos en Churuguara, donde lo que se pedía se volvía realidad. Posiblemente se han olvidado de eso, muñecos.

Lo vimos alejarse con la guitarra a la espalda hacia el lado infinito de la carretera. Se fue silbando el tema de Seguridad Nacional con el que yo había soñado más temprano. En la distancia se fue haciendo más pequeño hasta que con un centelleo desapareció. Nosotros dimos una vuelta y pedimos un último deseo antes de emprender el regreso a casa. Partimos volando, cruzando el aire y cantando a todo pulmón: por momentos llorábamos y por momentos nos moríamos lentamente de la risa.

IMÁGENES: SAÚL RIVAS * TEXTOS: CARLOS ÁVILA

2019